tempestades en el Cabo de Buena Esperanza, arrebataron á todos los continentes sorprendidos, el comercio de la India y de la China. Animado así el Atlántico por la concurrencia de las naves europeas, se prestó complaciente al último descubrimiento del Nuevo Mundo.

Las caravanas que atravesaban los desiertos, tenian en las fuerzas del camello la medida de las mercancías y metales preciosos, que alimentaban el acostumbrado cambio; pero los buques portugueses no encontraban oro suficiente para pagar la especería, fácilmente recogida en las islas y penínsulas de aquellos mares fabulosos: sólo México y el Perú guardaban un tesoro tan inagotable como las necesidades del mundo que acababa de ensancharse. Los españoles descubrieron ese tesoro. Una cadena argentina, ensangrentada, se extendió entónces por todo el globo terrestre. Las razas escíticas se pusieron entónces al frente de la humanidad. Apareció en el horizonte el sol del progreso.

Confúndese la imaginacion ante la efímera grandeza de España. Las razas meridionales conservan como un adorno, en la paz, sus armas vencedoras, cubriéndolas con esmeraldas y diamantes; pero los iberos, con dos mil años de lucha, desde los cartagineses hasta la toma de Granada, llegaron á connaturalizarse de tal suerte con la guerra, que no se dieron tiempo, cuando se enseñorearon del universo, para limpiar la tizona del Cid y de Pelayo: ni un sólo dia disfrutaron el lujo de la opulencia. Rindieron vasallajc á un extranjero, y éste consagró la herencia fabulosa de los reyes católicos á las más insensatas empresas. Al espirar Cárlos V, aparece la España con su poblacion diseminada por apartadas regiones: su agricultura ausentándose con los moros; su industria víctima de las leyes suntuarias; sus comerciantes perseguidos como judíos; sus sabios quemados como herejes; sus libertades municipales en el cadalso, y sus flotas en mano de los piratas, quedándole en recompensa, Felipe II, la inquisicion y los jesuitas.

Sus grandes capitanes, sus diestros diplomáticos, sus sa-

bios profundos, en Flandes, en Francia, en Italia, en los mares de Lepanto, se levantaban á la altura de la situacion europea, olvidando que sus luces, su destreza y su gloria podian abrir los cimientos y las naciones del porvenir en los auríferos campos del Nuevo Mundo. A México no vinieron, de pronto, sino los miserables aventureros del comercio fraudulento, de la espada y del incensario.

Colon, siguiendo huellas conocidas, aunque dudosas, murió creyendo que las Antillas formaban parte de las Indias orientales, y que habia descubierto las puertas y contemplado los bosques del paraíso.

Cortés asesinaba reyes sin atreverse á usurparles el trono: ¡qué digo! lo cambiaba por un título de marqués, presentándose así ante los cortesanos europeos como un lacayo ennoblecido.

La audiencia, convertida en mercado, ponia en pública subasta al indio y á sus bienes, y permitia que la codicia de los encomenderos destruyese los pueblos más florecientes.

Los sabios ponian en duda la racionalidad de los aztecas.

Los navegantes no sabian levantar un plano de los mares que recorrian, y contra las protestas de hombres entendidos, conservaban como islas á Yucatan y á la Baja California.

Los historiadores autorizaban las fábulas más absurdas.

Los obispos preparaban los milagros y apariciones que, un siglo despues, se declararon auténticos.

Los comerciantes portugueses se veian confiscados y quemados porque *judaizaban*.

Se meditaron leyes, pronto realizadas, para que la naturaleza, en México, no produjese vinos, ni filamentos, ni sedas, ni lozas, ni tabacos, y solamente tributase á los conquistadores metales preciosos. Los talleres y los mares se cerraron, los colegios se entreabieron en los conventos con un inquisidor á la puerta. Los jesuitas, en fin, conspiraron contra los franciscanos, los domínicos y los agustinos, únicos protectores de los indios. La proteccion impartida á éstos se redujo á declararlos eternamente menores.

Apareció, con el gobierno vireinal, un órden constante de cosas; la sancion de todas las monstruosidades de la conquista. Las listas de vireyes y arzobispos no deben leerse sino en la picota de la historia; los mejores se colocaron en el rango de un rector de colegio ó de un intendente de policía: ni una sola de aquellas cabezas refleja los acontecimientos contemporáneos de la Europa. Las notabilidades de México ven en la reforma un escándalo; en las guerras mercantiles de Holanda é Inglaterra un semillero de filibusteros; en la filosofía francesa un anatema; en la emancipacion de los Estados Unidos un peligro; en la expulsion de los jesuitas un secreto de Estado; en las relaciones con la China un mercado de abanicos, de peines y de tibores; en los descubrimientos de las ciencias, ilusiones que desaparecieron ante un silogismo en *bárbaro;* en el gobierno colonial una especulacion, en la clase média pecheros, y en los indígenas animales. Tres clases de esclavitnd, con tales elementos, se establecieron firmemente en la Nueva España, proviniendo cada una de ellas de tres diversas tiranías; la del Rey, la del Papa y la del comercio extranjero.

La política indiana, como llaman los escritores á la tiranía laica, se redujo, durante el sistema colonial, á sostener un virey fácilmente amovible, vigilado por una suspicaz audiencia, encomendándose á estas altas autoridades la direccion y responsabilidad sobre todos los intereses del fisco; agregábanse á ese doble cuerpo algunas funciones judiciales y otras de policía: la España jamás quiso conocer de la América sino el estado de sus contribuciones; prodigaba sobre otros ramos, sin advertirlo, las órdenes más contradictorias. Nada le importaba que los indígenas fueran racionales ó brutos, libres ó esclavos, que se conservaran ó desaparecieran; se alarmaba á veces si nuestro feraz terreno competia en producciones con las de Europa; desdeñaba nuestros ensayos de ilustracion, y se regocijaba con la noticia de las juras en los nuevos reinados, y más aún con la llegada á Cádiz de las naves portadoras de la plata y del oro. Se dignaba tambien aceptar, como un regalo, un ídolo, una guacamaya ó un cacique.

Más sabio el clero, no desperdició un solo instante para extender y arraigar su influencia. Gobernó á México en trescientos años, una cuarta parte del tiempo, por medio de sus obispos y arzobispos, sentados en las sillas de los vireyes. Puso bajo su tutela, por medio de la excomunion, á los vireyes laicos. Sirvió de consejero á los efímeros y fugitivos oidores. Falló amigablemente los negocios judiciales en los pueblos recien convertidos. Fué legislador en las misiones. Monopolizó la instruccion pública. Logró convertirse en el único capitalista, explotando la usura con mayor impunidad que lo habian hecho los judíos en la Edad Média. Tuvo en los jesuitas su policía secreta, y en la inquisicion el cadalso. Mezcló la sangre europea con la indígena, y dotó á su sacrílega prole con capellanías y curatos. Levantó catedrales, conventos y casas de beneficencia, miéntras los vireyes no levantaban sino cárceles, hasta en su palacio, casas de moneda y oficinas de contribuciones. Arregló el tiempo civil á las festividades y á las prácticas religiosas. Confundió al indio y al español en un mismo rebaño, y confundió á Dios y al Papa en dos soberanos invisibles. Madrid no fué para nosotros sino una oficina de Roma.

Otro poder se hacia entretanto más formidable para el español, para el clero, y aun para nosotros mismos, cuya emancipacion colonial y religiosa meditaba. El comercio extranjero, pirata, contrabandista autorizado, con contratos ó sin ellos, inundó con sus efectos á la arruinada España y á sus ociosas colonias; el numerario que salia para Acapulco, pasando por las islas Filipinas, se derramaba en la China; el numerario que salia por Veracruz, se repartia por la Europa para seguir el camino del Oriente: los españoles sólo descontaban un modesto tanto por el trasporte de esos capitales ajenos.

Las naciones directamente interesadas en el comercio libre, se llamaban Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; España, exorcizada ya en Cárlos II el Hechizado, tenia á su cabeza á Fernando VII, por enseña la vela verde de la Inqui-

sicion, por auxiliares á los jesuitas resucitados, y por erario, deudas. México, en tal situacion, debia civilmente emanciparse de los conquistadores; pero necesitaba otra lucha para romper las cadenas del clero. No es posible prever si algun dia no será enteramente tributario de la industria extranjera.

El caos administrativo, que llamamos régimen colonial, nos presenta varios fenómenos notables: en su seno, como en todos los cataclismos, unas clases nacen y otras mueren. Puede computarse la pérdida de la raza indígena, por lo que ha pasado en Tenoxtitlan; doscientos mil hombres por lo ménos ocupaban hace trescientos años, esta famosa capital, la mitad de ellos tlaltelolcos. ¿Dónde están? Si volvemos la vista hácia la Baja California, allí en Todos Santos, no encontrarémos sino un indígena octogenario y ciego, que tal vez á estas horas descansa, con su humilde báculo, en la tumba de sus mayores. Bastaron seis ó siete jesuitas para despoblar aquella península. En cambio, la raza preponderante de los mexicanos, siente circular por sus venas la sangre de todos los pueblos del mundo, y enciende su entendimiento á la movible llama de las más nobles aspiraciones. La religion y el despotismo engendraron la igualdad.

La ociosidad, por desgracia, caracterizó la vida colonial. Las autoridades civiles y eclesiásticas trabajaban una hora ó dos en la mitad de los dias del año. Los hacendados entregaban sus fincas al mayordomo ó al arrendatario, y numerosas familias descendian del empleado ó del capitalista. Fué, para la mayoría una profesion el parasitismo. Nos han sorprendido las naciones extranjeras con nuestras costas desiertas, sin caminos, sin artes, sin la costumbre de las grandes empresas, sin el más ligero conocimiento de nuestros recursos, y no sabiendo sino esperar á que los mineros exporten sus metales para adquirir los codiciados objetos de otros pueblos. Los productos de unos pocos, si no es por medio de la limosna ó del pillaje, no pueden satisfacer las necesidades de todos. Ménos la cantidad de la exportacion que el número variado de efectos contienen la medida de los proyectos

mercantiles. Los torrentes de plata que salen por las conductas, no alimentan ni una flor á la orilla del camino; si esos mismos valores salieran en productos industriales!

La España perdió sus colonias porque no quiso tener en ellas sino recaudadores, sacerdotes y mineros. Naciones más industriosas tambien han desaparecido por haber concentrado sus esfuerzos en la explotacion de un aislado monopolio. No puede impunemente una sociedad ser sólo trasportadora de efectos ajenos, sólo productora de trigos ó sólo productora de metales preciosos. Ante las ruinas de Babilonia, Nínive, Troya, Atenas, Alejandría y Cartago; ante la resurreccion del canal de Suez; ante la humillacion de los venecianos, de los portugueses, de los españoles, admirando á esa China crisófaga, devoradora de oro sin producirlo, grabemos en nuestra inteligencia esta salvadora verdad: "en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera una cuestion económico-política."

Marzo de 1871.